



EL “MALDICIENTE CLODIO”, PRIMER LECTOR DEL “PERSILES”

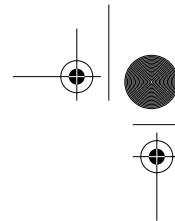
Jean CANAVAGGIO
Universidad de París x

BIBLID [0213-2370 (2007) 23-1; 89-96]

Las dudas de Clodio acerca de Periandro y Auristela (en “Persiles”, II, 5) son, en cierta medida, las de un “portador de la racionalidad” (Carlos Romero). Por ello, la mirada crítica que ejerce se parece a la del lector en un momento en que éste no conoce el desenlace de la novela. Sin embargo, nos separamos de Clodio, por no compartir el deseo que le anima, en tanto que ente de ficción: el de reordenar en torno a su propia persona una fábula cuya verosimilitud pretende no admitir.

The doubts of evil-speaking Clodio concerning Periandro and Auristela (in “Persiles”, II, 5) are, to some degree, those of a “voice of rationality” (Carlos Romero). For that reason, his critical perspective resembles that of the reader ignorant of the denouement of the novel. However, we part company with him since we do not share his motive, considered as a fictional character: namely, to give himself a central role in a story whose plausibility he claims not to believe in.

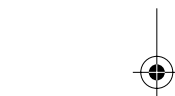
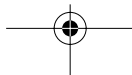
LA FECUNDA DEDICACIÓN DE JUAN BAUTISTA AVALLE-ARCE a los estudios cervantinos ha llegado a abarcar un amplísimo campo, desde *La Galatea* hasta el teatro, desde el *Quijote* y las *Novelas ejemplares* hasta *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. De especial importancia resulta su labor sobre esta última obra, como investigador, por supuesto, pero también como editor de lo que se considera el canto de cisne del manco de Lepanto.¹ Entre las ideas clave defendidas por él en sus diferentes aproximaciones, resalta el supuesto metafísico de la cadena del ser, “metáfora tradicional para expresar la plenitud, el orden y la unidad de la creación divina” (Avalle Arce 1969, 20), sin el cual “el *Persiles* no podría ser como es” (Avalle Arce 1969, 21). En efecto, este supuesto ilumina a la vez el orden general en que aparecen los diversos tipos humanos que animan la novela, la posibilidad de progresión de los personajes, de la que son paradigma los propios *Persiles* y *Sigismunda*, y la geografía en que se sitúa su gravitación, la cual nos lleva desde la mítica isla Bárbara hasta Roma, “cielo de la tierra” (Avalle Arce 1969, 22-23). Dentro de estas coordenadas, o de este “cuadrante”, la peregrinación de la pareja central cobra notable relevancia: el “omnes sumus peregrini super terram” bíblico repercute en cada página casi del *Persiles* (Avalle Arce 1969, 25), cristianizando de esta manera el patrón heredado de la mal llamada “novela bizan-

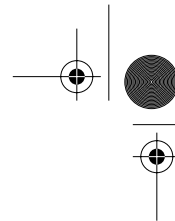


tina", puesto que el calificativo exacto que se merece este género es el de "novela griega" (Pelorson 24-25).

Aun cuando nuestro llorado amigo Edward C. Riley observara que, más que cualquier otra obra de Cervantes, el *Persiles* "parece pedir una lectura metafórica por encima de una lectura literal" (1997, 60), las interpretaciones elaboradas durante estos últimos años tienden a poner en tela de juicio, si no los aspectos doctrinales de cuño postridentino que ofrece, al menos su sistematización en tanto que armazón de la novela. En la línea de semejante revisión, se ha insistido en el valor de pretexto que parece tener esta peregrinación, al menos en una primera fase, según se infiere de las aclaraciones retrospectivas que Serafido proporciona a Rutilio –y al lector– al final de las aventuras. También se ha señalado el hecho de que Sigismunda/ Auristela, para postergar lo más posible la respuesta que le pide Arnaldo, no se refiere a este santo propósito, sino que aduce otras razones para no tener que oponerle, de buenas a primeras, una arriesgada negativa. Por cierto, nos encontramos, en ambos casos, en la fase inicial de sus "trabajos", la que transcurre en tierras del Septentrión durante los dos primeros libros. Así y todo, a partir del momento en que *Persiles* y Sigismunda, una vez en Lisboa, deciden vestir el traje de peregrinos, el viaje que emprenden por España, Francia e Italia dista de corresponder a lo que podría inferirse de esta decisión. Con excepción de Guadalupe, donde Feliciano de la Voz, en el mismo momento en que invoca a la Virgen María, está a punto de padecer una muerte nada cristiana, sus etapas no coinciden con lugares de peregrinación. Al contrario, su recorrido se nos aparece constantemente marcado por incidentes profanos, hasta tal punto que no se nos dice nunca cómo y cuándo los peregrinos cumplen las formas ordinarias de devoción. Por otra parte, y de manera general, los seudónimos que llevan *Persiles* y Sigismunda, los pretextos de los que se valen, en diferentes ocasiones, para ocultar su verdadera relación y acreditar la especie de que serán hermanos, la casuística a la que recurren para desanimar a Arnaldo y engañar a Policarpo y Sinforosa, no se avienen del todo con los requisitos de una auténtica peregrinación cristiana.

Se nos dirá que estas actitudes ambiguas, frente a unas circunstancias insólitas, entran en un conjunto de experiencias humanas que constituyen, precisamente, los trabajos por donde tienen que pasar los protagonistas hasta llegar a su meta final. Sin embargo, no hay ni un momento en que se deje de ensalzar las partes de *Persiles* y Sigismunda, auténticos dechados de perfección, y esto en detrimento de su verdad humana. Para decirlo con palabras del mismo Avall-Arce:

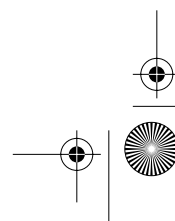
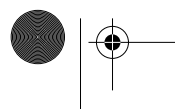




La intención universalizadora del autor tiene, como consecuencia y contrapartida, la abstracción. Y por ello, los principales personajes del *Persiles* son todos undimensionales y acartonados. No son cuerpos de carne y hueso, sino transparentes símbolos de validez universal. (1969, 27)

Por cierto, todo un sector de la crítica actual se ha aplicado a matizar esta impresión, destacando el hecho de que Auristela, en varias ocasiones, se deja llevar por unos celos infundados, o recordando cómo Periandro, al narrar sus aventuras, cuenta el modo que tuvo para domar el caballo de Cratilo, mediante un salto que deja perplejos a varios de los que escuchan su relación. No obstante, a la hipervaloración sistemática de la hermosura, honestidad y discreción de Auristela, así como de la gallardía, cortesía y valor de Periandro, concurren no sólo el narrador omnisciente, sino todos aquellos que les salen al encuentro, desde los bárbaros de la isla septentrional hasta los vecinos de Roma. Incluso los que llegan a poner su vida en peligro, como Hipólita la Ferraresa, lo hacen movidos por el despecho, al no poder satisfacer los deseos lascivos que su belleza les inspira. Sin embargo, en este concierto unánime de alabanzas, se oye, en un determinado momento, una voz disonante, la del "maldiciente" Clodio. Aunque sus intervenciones, que comienzan en el capítulo IV del libro primero, pronto concluyen con su muerte fortuita, en el capítulo VIII del libro segundo, este personaje llama nuestra atención cada vez que sale al escenario: al ser echado del navío de Mauricio, encadenado con Rosamunda; al dar las razones de su condena en su tierra por el rey de Inglaterra; al pedir a Arnaldo que se le quite la cadena, consiguiéndolo acto seguido; al remitir a Auristela una carta de la que volveremos a hablar; y, finalmente, al morir, contra toda espera, del golpe de una flecha que Antonio el hijo destinaba a Cenotia. Ahora bien, semejante interés no se debe únicamente a esta concatenación de peripecias, sino, también, a las repetidas ocasiones en que demuestra tener "un cierto espíritu satírico y maldiciente, una pluma veloz y una lengua libre", ya que tanto le deleitan "las maliciosas agudezas" que, por decir una, perdería no sólo un amigo, sino cien mil vidas (*Persiles*, I, 14, p. 118).²

Claro que, si hemos de creerle, el castigo le ha puesto una mordaza en la boca o, por mejor decir, en la lengua (*Persiles*, I, 18, p. 135). Sin embargo, la perspicacia que demuestra en cualquier momento le induce a seguir otra vez su peligrosa inclinación. Cuando Auristela cae enferma por primera vez, por culpa de los celos que le inspira Sinforosa, los médicos que le toman el pulso declaran que su dolencia "no era del cuerpo, sino del alma". Pero, añade el narrador, "antes que ellos conoció su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendió en parte, y Clodio mejor que todos" (*Persiles*, II, 3, p. 169). Así





pues, en dos ocasiones en que se halla a solas con Arnaldo, su libertador, le declara haber notado que ama a Auristela y pretende, en señal de agradecimiento, abrirle los ojos sobre las consecuencias de su pasión. Lo que le quiere representar, en su primera conversación, no es sólo la entereza y el rigor de la que fue su esclava y se niega a "rendir su voluntad por los medios honestos del matrimonio", sino los interrogantes que suscita tanto su negativa como el hecho de no haber revelado quién es:

Has de considerar que algún gran misterio encierra desechar una mujer un reino y un príncipe que merece ser amado. Misterio también encierra ver una doncella vagamunda, llena de recato de encubrir su linaje, acompañada de un mozo que, como dice que lo es, podría no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta a las inclemencias del cielo y a las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado. (*Persiles*, II, 2, p. 168)

Clodio, de este modo, comparte las dudas de un lector que, hasta ahora, no sabe más de Auristela que lo que se le ha dicho desde el comienzo *in medias res* de la narración de sus aventuras. En efecto, es preciso llegar al antepenúltimo capítulo de la novela para descubrir que esta peregrinación fue imaginada por la reina Eustaquia, con el fin de que la pareja se ausentase de su tierra antes del regreso de Magsimino.

Interrumpido por la aparición de Periandro, el maldiciente aprovecha su segundo momento de intimidad para proseguir en su discurso. El propósito que le anima es recordar a Arnaldo, el cual tiene "ocupada el alma de amorosos deseos" (*Persiles*, II, 4, p. 174), las obligaciones que debe cumplir un príncipe a la hora de buscar esposa. Pero este noble cuidado se recorta sobre aquel trasfondo que bosquejó en su precedente conversación: la descalificación de los supuestos hermanos, tal como se desprende de sus primeras palabras:

El otro día te dije, señor, la poca seguridad que se puede tener de la voluble condición de las mujeres, y que Auristela, en efeto, es mujer, aunque parece un ángel, y que Periandro es hombre, aunque sea su hermano; y no por esto quiero decir que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que críes algún discreto recato. (*Persiles*, II, 4, p. 174)

Este desfase que Clodio cree observar, con ojos linceas, entre el ser y el parecer de la pareja, abre una brecha por donde pretende llegar hasta los más escondidos pensamientos de Arnaldo y ejercer su dominio sobre él. Pero su interlocutor, a pesar de agradecerle "el buen consejo" que le ha dado, no le hace caso: "Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que, para mí, cualquiera cosa que dijere ha de ser verdad". (*Persiles*, II, 4, p. 175)



Entre las sospechas del primero y la fe ciega del segundo se establece una tensión que pronto se resuelve en detrimento de Clodio, frustrado en su deseo de servir de consejero por faltarle las tres "calidades" requeridas para serlo: autoridad, prudencia y ser llamado (*Persiles*, II, 4, p. 176). No obstante, no se da por vencido, sino que aprovecha otra circunstancia propicia para reincidir en el tema. Pero, a falta de haber podido convencer a Arnaldo, elige como confidente a Rutilio. Este cambio de interlocutor no deja de extrañar al lector: ¿qué interés puede tener el bailarín italiano en prestarle oído atento? En realidad, la negativa recibida del príncipe ha reactivado en Clodio aquellos "ímpetus maliciosos" que, como dijo momentos antes a Rosamunda, le "hacen bailar la lengua en la boca", y malograrse entre los dientes "más de cuatro verdades que andan por salir a la plaza del mundo" (*Persiles*, I, 18, pp. 135-36). Como él mismo confiesa a Rutilio: "me salen a la lengua y a la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los ponga en voz y los arroje en las plazas antes que se me pudran en el pecho o reviente con ellos" (*Persiles*, II, 5, p. 181).

Esta vez nadie va a salir a salvo del cuadro que se aplica a trazar y en el cual figuran, además de Arnaldo, Periandro y Auristela, aquellos que componen las respectivas familias de Antonio y Mauricio. No extraña el trato que el príncipe de Dinamarca se merece de quien pretendió ser su consejero y no lo logró. Al decir del maldiciente, Arnaldo, tras haber dejado su reino a la discreción de su padre, sigue el cuerpo (¿ya que no el alma?) de Auristela, como si fuera "su misma sombra". "Perdiéndose aquí, anegándose allí", nos ofrece un compendio de sus adversidades que Clodio nos presenta desde el lado empequeñecedor del anteojo. El contrapunto sentimental de estos trabajos – "llorando acá, suspirando acullá" (*Persiles*, II, 5, p. 182)– se contempla desde el mismo enfoque burlesco que fue el de Berganza, en su evocación irónica de las penas de amor de los "pastores finos".³ En cuanto a su modo de hacer frente al destino, tan sólo consiste en lamentarse de unas desventuras que no le fueron enviadas por el Cielo o la Fortuna, ya que él mismo las fabricó en un alarde de total irresponsabilidad.

Con todo, es la pareja de los supuestos hermanos la que recibe de Clodio los dardos más agudos, sin los miramientos con que tuvo que andar en sus dos conversaciones con Arnaldo:

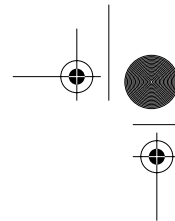
¿Qué diremos desta Auristela y deste su hermano, mozos vagamundos, encubridores de su linaje, quizá por poner en duda si son o no principales? Que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere y, con la discreción y artificio, parecer en sus costumbres que son hijos del sol y de la luna. [...] ¿Quién puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor y saltador, este Ganimedes, este lindo, este aquí vendido, acullá comprado, este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos la deja mirar por brújula, que ni sabemos ni hemos podido



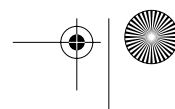
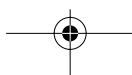
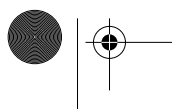
saber deste par tan sin par en hermosura, de dónde vienen ni a do van? Pero lo que más me fatiga de ellos es que, por los once cielos que dicen que hay, te juro, Rutilio, que no me puedo perusadir que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedajes y mesones. (*Persiles*, II, 5, p. 182)

Como se echa de ver, Clodio sintetiza aquí, más que la trama, la materia de los dos primeros libro del *Persiles*, aunque sometiéndola a un proceso reductor. Además de introducir a los dos protagonistas mediante un "este" sumamente despectivo, convierte su peregrinación en mero vagabundeo, en tanto que su recato y su discreción son el velo con el cual un caballero y una princesa de milagro encubren el misterio de un nacimiento inconfesable. Las aventuras de Periandro se condensan y rebajan en dos series sucesivas: sus triunfos deportivos en las fiestas de Policarpo, referidas anteriormente por el capitán del barco pirata y en que su fama queda aquí cifrada, y sus vicisitudes por mar y por tierra, sin más trascendencia que la de unos géneros de mercancía aquí vendidos y allí comprados. Finalmente, el gallardo mancebo que se vistió de mujer para volver a la isla bárbara en busca de su amada, no es más que un afeminado, un "lindo", un "Ganimedes": calificativos infamantes que contaminan el cuidado con que este segundo Argos vela sobre la honestidad de Auristela, nueva Io convertida como ella en ternera, aunque no se nos dice si fue o no por los celos de Hera.

Después de extender sus dudas al hecho, un tanto sospechoso, de que Auristela y Periandro siempre hallan reyes que los hospeden, Clodio sigue pasando revista a los que comparten en ese momento sus andanzas. No perdona al trío formado por la familia de Mauricio, criticando la astrología del padre, la "fantasía" de su hija, entre loca y presumida, y dando a entender que el esposo de Transila, Ladislao, estaría dispuesto a conformarse con las costumbres matrimoniales de su tierra para poder volver a ella y estar en reposo en su casa (*Persiles*, II, 5, p. 183). Tampoco se aviene con la arrogancia del español Antonio, al que imagina de vuelta a su patria, haciendo corrillos de gente y "mostrando a su mujer y sus hijos envueltos en sus pellejos" (*Persiles*, II, 5, p. 183). Así pues, Clodio llega a imaginar unos acontecimientos ulteriores que se verificarán parcialmente;⁴ pero su vehemencia le lleva a atribuir a sus compañeros de viaje unas actitudes que no siempre han sido suyas. Si bien Antonio confesó haber pagado la culpa de su arrogancia con muchos años de destierro, Mauricio, en cambio, nos dio repetidas pruebas de que no se preciaba de ser "el mayor judiciario del mundo" (*Persiles*, II, 5, p. 183).⁵ Por lo cual no podemos coincidir con Clodio, cuando afirmó, ante Rosamunda, que jamás le había acusado la conciencia de haber dicho alguna mentira (*Persiles*, I, 18, p. 119).



Lo que se desprende de su largo parlamento son los recelos que le inspira una gravitación marcada del sello del misterio: un misterio en que se envuelven unos protagonistas que se nos deslizan en cuanto pretendemos conocer su procedencia y su condición y sacar en claro lo que nos dicen de su parentesco, así como la meta que afirman perseguir a costa de unos peligros que, como da a entender Rutilio, no pueden ser "creedores".⁶ En este sentido, este personaje prometido por Cervantes a una temprana muerte se nos aparece a la vez como dentro y fuera de la fábula. Las dudas que expresa son, hasta cierto punto, las del "portador de la racionalidad" que descubre en él Carlos Romero (291, n. 14). Esta racionalidad la porta también el lector en un momento en que no conoce el desenlace de la novela; un lector al cual Clodio prefigura, en cierto modo, al ejercer su mirada crítica. Ahora bien, nuestra perplejidad no nos induce, a diferencia del maldiciente, a pasar de las dudas a las sospechas difamatorias, condenando sin remisión a los peregrinos. Si nos separamos de Clodio en este particular, es porque no compartimos el doble compromiso que es el suyo en tanto que ente de ficción. Por un lado, el que se empeña en desacreditar a Arnaldo procede, como ya vimos, del despecho de un aspirante a consejero que no llegó a ser admitido. Por otro lado, la descalificación de Periandro y Auristela oculta otro propósito, que no tardamos en conocer. A la pregunta que le hace Rutilio –"¿Adónde vas a parar, oh Clodio?"– éste contesta dándonos la clave de su murmuración: "querer procurar que, aunque fuese a costa de su desdicha [la de Arnaldo], nosotros enmendásemos nuestra ventura" (*Persiles*, II, 5, pp. 183-84). El medio elegido por Clodio –preparar una carta para Auristela y entregársela– será el que ponga en obra en los siguientes capítulos del mismo libro. Después de recapacitar en este papel los trabajos que pasó su destinataria, unos trabajos esta vez "creedores", la animará a escoger un modo de vida que le asegure la que el cielo quisiere darle, ofreciéndose a ser su esposo y aceptándola desde luego por su esposa (*Persiles*, II, 7.1, pp. 190-91). La reacción inmediata de Auristela, la confusión de Clodio y su muerte inesperada serán entonces los últimos hitos de su propia trayectoria. Pero, mediante este recurso, incompatible con la dignidad y el decoro de una princesa, el poner en tela de juicio unos "imposibles", es decir la plausibilidad de la historia que nos cuenta Cervantes, no fue sino el primer paso del maldiciente hacia un intento fallido: reordenar en torno a su propia persona una fábula cuya verosimilitud, en un primer momento, dijo no poder ni querer admitir.





NOTAS

1. Recojo los datos de sus aportaciones más sobresalientes en la bibliografía final.
2. Queda fuera del ámbito de este estudio el posible trasfondo histórico sobre el cual se recortaría, quizás, la figura de Clodio y, más especialmente, las correspondencias que se han detectado entre Clodio y Antonio Pérez. Véase al respecto el Apéndice VI de la edición de Romero Muñoz (722-23).
3. Ver Cervantes, *El Coloquio de los perros*, 251-53. Otro tanto ocurre con don Quijote, después de su derrota ante el Caballero de la Blanca Luna, en el momento en que sueña con hacerse pastor: *Don Quijote de la Mancha*, II, 67, pp. 548-49.
4. En especial, el hecho de pintar la isla bárbara en un lienzo, señalando con una vara el lugar donde estuvo encerrado once años. Como observa Avalle-Arce: "se apunta ya a la acción del próximo libro, [...] con lo que se ajusta la trabazón narrativa" (1969, n. 176).
5. Véase al respecto lo que declara Mauricio después de su reencuentro con Transila: *Persiles*, I, 13, pp. 115-16.
6. A diferencia de los de Antonio que, por tratarse de un desterrado, "por grandes que sean, pueden ser creedores" (*Persiles*, II, 5, p. 185).

OBRAS CITADAS

- Avalle-Arce, Juan Bautista. "Introducción" a su edición del *Persiles*. Madrid: Castalia, 1969. (Hay reimpresión de 1992).
- . "Tres vidas en el *Persiles* (Cervantes y la verdad absoluta)". *Nuevos deslindes cervantinos*. 2ª ed. Barcelona: Ariel, 1975. 73-87. Segunda edición.
- . "La alegoría del *Persiles*". *Homenaje al Profesor Antonio Vilanova*. Eds. Adolfo Sotelo Vázquez y Marta Cristina Carbonell. Vol. 1. Barcelona: Universidad, 1988. 45-55.
- . "*Persiles* and the Allegory". *Cervantes* 10.1 (1990): 7-16.
- , y Riley, Edward C. "*Los trabajos de Persiles y Sigismunda*". *Suma cervantina*. Eds. Juan Bautista Avalle-Arce y Edward C. Riley. Londres: Tamesis Books, 1973. 199-212.
- Cervantes, Miguel de. *El Coloquio de los perros. Novelas ejemplares*. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce. Vol. 3. Madrid: Castalia, 1989.
- . *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Luis Andrés Murillo. Madrid: Castalia, 1978.
- . *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. Juan Bautista Avalle-Arce. Madrid: Castalia, 1969. (Hay reimpresión de 1992).
- . *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*. Ed. Carlos Romero Muñoz. 2ª edición revisada. Madrid: Cátedra, 2002.
- Pelorson, Jean-Marc. *El desafío del "Persiles"*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail (Anejos de *Criticón*, 16), 2003.
- Riley, Edward C. "Tradición e innovación en la novelística cervantina". *Cervantes* 17.1 (1997): 46-61.